



¿PUEDE UN ORDENADOR
SENTIRSE VIEJO?
Y SI ES ASÍ, ¿TIENE SOLUCIÓN?

ESTADO CREPUSCULAR

JAVIER NEGRETE

David Milar es un personaje de mucho cuidado. Mujeriego, bebedor y con un más que dudoso doctorado en física, no puede evitar hacerse pasar por su padre, el eminente psiquiatra David Milar sr., cuando la concupiscible Mirtila Lump lo confunde con su progenitor. Embarcado en una involuntaria aventura espacial a causa de su incontinencia sexual, pronto se encontrará viajando hacia Hoonai, el hogar de la raza Kghasatshu, donde deberá tratar los problemas psicológicos de Yagghumasth, el ordenador que rige los destinos del planeta. Durante su estancia en Hoonai, David Milar también tendrá que tratar con los propios Kghasatshu y procurar no violar su complejo código de conducta, a riesgo de sufrir una babeada como castigo o la propia muerte.

Por si todo esto fuera poco, nuestro pícaro personaje no tardará en comprender que en Hoonai hay mucho más de lo que parece y que, si no se mueve con cuidado, tiene muchos números de acabar envuelto en una turbia intriga que podría poner en peligro nada menos que el futuro de la raza humana.

PRÓLOGO

Dice el sabio Aristóteles que en esta vida hay dos cosas que mueven al hombre: haber mantención y tener juntamiento con fembra placentera (e cosa es verdadera). Lo primero, en nuestros días, está garantizado incluso para los hijos de la vieja madre Tierra. Pero lo segundo... Conseguir un buen revolcón está tan difícil como lo ha estado siempre; por este polvo uno puede acabar rebozado por aquellos lodos o, como yo, metido en asuntos demasiado complicados para un vulgar hijo de vecino.

Aunque si yo hubiese sido un vulgar hijo de vecino o, por ser más preciso, hijo de un vecino vulgar y no de quien era, nada hubiese sucedido. Ella era una mujer de aspecto joven; sólo alguien dotado de mi ojo clínico podía detectar que había sido sometida a un tratamiento celular s'dnoP. En cualquier caso, la materia prima era de calidad extra: en particular, dos gloriosos pináculos que, acaso ayudados por la baja gravedad (objeción probablemente femenina y seguramente irrelevante), amenazaban con barrenar la tela de su vestido.

—¿El doctor David Milar? —No podía creerme mi buena suerte: era ella quien se me había presentado, con todos los VIP que había en aquella fiesta a la que, por alguna extraña razón, no estaba invitado. Asentí: es cierto que soy doctor. Empecé un doctorado de nivel uno en el Caltech, con una tesis muy interesante sobre la ruptura de la causalidad por familias de partículas con masa negativa y velocidad superior a la de la luz. Por desgracia, cuando tras un año de trabajo en solitario se la presenté a mi tutor, éste

me mostró que en la segunda página había tenido un error insignificante: un signo «menos» donde debía poner «más». También me comentó, como de pasada, que mis conclusiones chocaban con algunas teorías de cierta relevancia: por ejemplo, la relatividad especial y general de un tal Einstein.

En la facultad de físicas de Almendralejo no pusieron tantas pegas para aceptar mi tesis en su prístina redacción, gracias entre otros motivos al pingüe cheque que iba grapado junto a la bibliografía. Ahora tengo un doctorado de nivel cinco (en escala descendente del uno al cinco), pero yo, que odio ese tipo de distingos clasistas, me limito a indicar «Dr.» en mi tarjeta de visita.

—Ese soy yo —añadí, tras unas meditaciones similares a las que acabo de expresar, aunque por localizarse en el cerebro y no en una hoja de papel me demoraron bastante menos—. ¿Toma algo?

—Un Chivas, gracias. —Me estrechó la mano con un movimiento que producía interesantes ondulaciones sinusoidales y se presentó como Mirtila Lump.

Al carajo el presupuesto de copas para esa noche, me dije, pero qué demonios. Unas cúpulas como aquellas hubieran hecho trabajar gratis al mismo Bernini. Me acodé en la barra con ese escorzo que me ha hecho famoso en tantos bares del sistema solar, levanté la ceja izquierda (la derecha no, porque se me pone cara de tonto), y pregúntele:

—¿Y a qué debo el honor?

—Conozco sus trabajos sobre la esquizofrenia y su reflejo en el trazado de los campos magnéticos cerebrales y me han parecido muy interesantes.

Alcé la copa y brindé en silencio por mi padre, David Milar sr., el célebre psiquiatra. ¡Si supiera que estaba a punto de beneficiarme a aquella beldad en su nombre! Susurré algo así como «oh, no tiene importancia», y traté de enarcar la ceja de nuevo; pero como ya la tenía enarcada, ello no fue posible.

—Precisamente andaba buscando a un psiquiatra de prestigio, y no puede suponer lo contenta que me sentí cuando vi su nombre en los registros de estación Sheffield.

Probablemente no se había molestado en pasar a la segunda pantalla, que indicaba el verdadero motivo de mi presencia: dirigir una cuadrilla de soldadura de baja gravedad en el segmento 9. Compuse un gesto cuidadosamente psicoanalítico y le pregunté:

—¿Y cuál es su problema?

—Oh, no es por mí. —Mirtila (permítanme esta familiaridad que me ahorra repetir enojosamente lo de «aquella mujer», «ella», «la misma», «la susodicha» y demás consabidos anafóricos) se sonrojó levemente, en particular en la zona del escote, que estaba untada de pegamento para ojos —. No necesito tratamiento psiquiátrico... por el momento. En realidad estoy por un motivo oficial, aunque digamos que... extraoficialmente.

Lo primero rebajó un punto mi concupiscencia, pero lo segundo mantuvo mi interés general en una cota aceptable. Pensé que si seguía escuchando tal vez me metiera en un lío. «Bah, no será tan difícil salir de él.» Si mi paladar no hubiera estado tan pastoso por los cuatro güisquis que me había echado al colete, habría podido percatarme de que se mascaba la tragedia. En aquel momento de indecisión cuántica, el universo se desdobló y, como siempre, me quedé en el lado en que no debía.

—Dígame, dígame.

—Verá usted. —Mirtila se acercó a mí para no ser oída, cosa bastante sencilla dado el nivel de ruido que reinaba en la sala. Pero preferí no desilusionarla al ver que con unos centímetros de intimidad más me clavaría sus pitones—. Trabajo para la representación en Hoonai. Es un asunto de la embajada Satshu, pero debe llevarse de forma *confidencial*.

—Como casi todo lo relativo a los Kghasatshu, por lo que sé. ¿Va a quedarse mucho tiempo más en estación

Sheffield?

—A decir verdad, no. El asunto que me traía aquí ya se ha terminado. —Mentir, no mentía. Me acababan de rescindir el contrato por la lentitud con que avanzaban las obras y porque un par de operarias se habían quejado de que yo trataba de inducirlas al consumo de bebidas espirituosas y demás vicios concomitantes—. Y puedo añadir que me alegro de irme. Me gusta sentir mis *ochenta y cinco* kilos uno por uno en los pies. —Aproveché para sacar torso y marcar pectoral en la chaqueta, pero Mirtila estaba mirando para otro lado, como vigilando que nadie nos oyera. Me arrimé un par de centímetros subrepticamente.

—¿Y se conformaría con pesar... uuh... unos setenta y cinco?

Tardé algunos segundos en reaccionar. Me estaba insinuando que adelgazara, sugerencia inaceptable, ofensiva y falta de realismo, u... (Escribo la disyuntiva «u» porque la siguiente palabra empieza por «o». Claro, que este paréntesis hace innecesaria tal elección eufónica. Pero si, debido a ello, pusiese de nuevo «o», el paréntesis estaría de más, con lo cual ambas «oes» quedarían en contacto y de nuevo tendría que poner «u», y como alguien se podría extrañar habría que explicárselo y... Mi ordenador me recomienda que corte si no quiero entrar en un bucle infinito.)^[1]

—¿Otro planeta?

—Bingo. —Mirtila levantó los ojos y me miró con una expresión del tipo «es usted el elegido». Estuve a punto de contestarle con el *sí, quiero*, pero mi proverbial prudencia me retuvo. La animé con un gesto a que continuara—. Por lo que sé de usted, doctor Milar, creo que no es ningún entusiasta de la psiquiatría práctica, o terapéutica, o como quiera llamarla. Le gusta más la investigación.

Traté de ponerme en el papel de mi padre, para lo cual tuve que imaginarme que me había tomado cuatro güisquis más y recordar un poco de su palabrería. Me animó pensar

que esa mujer tenía por fuerza que saber menos psiquiatría que yo.

—Más que de gustos, se trata de aptitudes. Reconozco que hay mejores clínicos que yo. Aquí mismo mi labor es...

—Era la tercera frase y ya me estaba pasando—. Bueno, si me concretara algo más se lo agradecería.

—Debe ser apasionante investigar en los secretos de la mente humana, pero ¿no le interesaría acceder también a los arcanos de una mente alienígena?

Definitivamente, aquella mujer había recibido clases de primer curso en el Actor's Studio o algún sitio aún peor. Con todo, el contenido, que no la forma, de sus palabras, encendió mi piloto de atención (me refiero al de mi cerebro humano, que el animal ya llevaba un buen rato parpadeando). $2 + 2 =$ me estaba hablando de los Kghasatshu; pero aquello era imposible: nunca se habían dejado estudiar por nosotros.

—Esta vez sí se dejarán. —(El lector inteligente adivinará que lo anterior era una expresión en estilo indirecto por mor de la brevedad)—. Son ellos mismos los que nos han pedido ayuda.

—¿Pedir ayuda los Kghasatshu? —Me mordisqueé el bigote; este mismo hecho y su sabor a JB me recordaron que tenía que recortármelo—. Muy improbable.

—Algo grave les sucede, obviamente. Nos han pedido que les enviemos un experto en enfermedades mentales.

—Pero yo no soy un experto en enfermedades mentales... Quiero decir, alienígenas, por supuesto.

—Ya lo saben. Pero es que ellos no tienen psiquiatras ni nada que se les parezca. Piensan que un humano les podría ayudar. Al parecer, alguien muy importante en su planeta está sufriendo algún tipo de alteración y creen que sólo un psiquiatra de la Tierra puede hacer algo por él. Piense qué magnífica oportunidad. —Y bien que lo era. Me humedecí los labios, resacos de excitación y de sed. Antes de seguir pensando, y tras una discreta mirada a la pantallita de mi

tarjeta de crédito, pedí al camarero una humilde cerveza. Es desesperante lo despacio que cae en el vaso a un octavo de gravedad.

De las diversas especies que los humanos habíamos encontrado en las inmediaciones galácticas, los Kghasatshu, aun siendo tan diferentes, eran quienes más puntos de contacto tenían con nosotros. Con las demás nos tratábamos de forma muy ocasional, mientras que las relaciones entre humanos y Kghasatshu eran estables. Sin embargo eran como un vecino educado pero distante: se limitaban a entornar la puerta y darnos el puñado de arroz que les hubiéramos pedido sin dejarnos pasar al interior ni ver cómo hacían la paella. (Esa era la opinión general; por lo que supe luego, lo de «educado» sobraba.) Quien pudiera penetrar sus misterios, ¡y nada menos que los de su mente!, tendría asegurada esa gloria eterna que un simple signo menos me había escamoteado. Al fin y a la postre, no se me ocurría que mi padre estuviera más preparado que yo para tratar a un Satshu loco.

—Así que tendría que viajar a Hoonai... ¿Cuándo?

—Lo antes posible. Los Kghasatshu han fletado una línea especial para usted. Como ve, no piensan reparar en gastos. Si no consigue nada con su paciente, al menos tendrá informaciones valiosas y una paga generosa de la embajada. Si logra curarlo... ¿quién sabe con qué le recompensarán los Kghasatshu?

Aquello añadía un interés adicional imposible de pasar por alto, en especial cuando me quedaba poco más del dinero justo para bajar a la Tierra. Pensé que, puesto que me iban a llevar gratis a Hoonai, podía fundírmelo en copas y pedí otro Chivas para Mirtila.

—¿Dónde tengo que firmar? —pregunté mientras le ofrecía el vaso, que ella, esponjil dama, aceptó sin rechistar.

—Por el momento, en ningún lado. Como ya le he dicho, es una misión extraoficial. Pero no se preocupe, que no le dejaremos en la estacada. —Eché una mirada al ca-

lendaro de su reloj—. Pasado mañana venga usted a nuestras oficinas, en el sector tres. Tenga este cubo: contiene algunas informaciones útiles para que se desenvuelva en Hoonai.

Tomé el cubo y me lo guardé en el bolsillo, sin atreverme a comentarle que había vendido mi portátil tres días atrás para invitar a cenar a una de las operarias que me había salido rana.

Cuando más tarde hice el análisis de aquella noche, encontré algo extraño lo sucedido. Me había fingido psiquiatra para A) tirarme a la concupiscible Mirtila Lump con la condición de B) viajar a Hoonai, el planeta de los Kghasatshu —singular, Satshu—, y curar a un alienígena loco. Podría haberme limitado a A), encontrar las lógicas satisfacciones en ello, desaparecer de estación Sheffield y que se buscara a otro para B). Pero, y he ahí lo raro, cumplí con B), como ahora les narraré, y en cuanto a A), después de despojarme el bolsillo con los malditos Chivas, la muy pécora me dejó en la puerta de su habitación con tres palmos de

NARICES.

SOBRE HOONAI Y SUS MORADORES

Al día siguiente utilicé el ordenador de un amigo para leer el cubo. En realidad, él estaba trabajando en la soldadura, de modo que falsifiqué su código y entré en su habitación suponiendo que a él no le importaría. La tenía un poco desordenada; una falta de delicadeza para con las visitas que, ya que me dejaba en usufructo su máquina, le disculpé. Me ceñí las dos antebrazeras, crucé las manos en esa un tanto budista posición que adoptamos para manejar estos portátiles de diseño de la quincuagésima generación y con mi índice derecho marqué junto a mi codo izquierdo la orden de arrancar. Al introducir el cubo más o menos por la zona de mi escafoides siniestro, dos haces láser brotados mágicamente de mis brazos materializaron un vistoso holograma de un sistema solar con siete planetas.

HOONAI. Distancia a la Tierra, 237 años luz. Sistema de estrella única tipo F...

—Scroll. Basta.

... en su perihelio. Rotación de 27'3 horas terrestres. Movimiento de precesión...

—Scroll. —Ya sé que soy doctor en física, pero aquello no me interesaba ahora—. Basta. No, mejor ve directamente a datos humanos.

No encontrados.

—Perdón, datos antropo... No, hombre, no, ¿cómo coños lo llamo?

Puede usted recurrir al índice.

—Sí, gracias. (Ya me lo podías tú haber sacado antes, gilipollas de cubo.) Sí, mira, es un decir, ahí: morfología de

los Kghasatshu.

Tres figuras de tipo humanoide aparecieron en el holograma. La primera por la derecha era un macho. La ampliación mostró detalles de su cabeza: ancha a la altura de los ojos, se afinaba en la barbilla hasta acabar casi en punta. Toda la zona frontal terminaba en una arista, una especie de quilla que dividía el rostro en dos partes simétricas. La nariz era similar a la humana, aunque más estrecha y rodeada por unas arrugas horizontales muy marcadas. La boca, con unos labios muy finos, estaba dotada de dos hileras de dientes que parecían capaces de desgarrar la piel de un rinoceronte. Había un detalle un tanto extraño: en vez de en horizontal, los dioses le habían puesto la boca en vertical, de modo que en vez de tener mandíbula superior e inferior tenía izquierda y derecha.

... sólo se alimentan de carne, y hoy por hoy exclusivamente de carne de Bushsa, (especie también de aspecto vagamente antropomorfo), excepto en los ritos funerarios. La razón por la que jamás se ha podido hacer una disección de un cadáver Satshu es que los Kghasatshu devoran íntegramente los cuerpos de sus deudos fallecidos...

Aquello ya lo había oído, pero no pude reprimir un escalofrío. Hasta entonces había sospechado que se trataba sólo de un infundio. Esos dientes y la finalidad antropo(morfo)fágica a que estaban destinados sembraron en mí una semilla en tierra de indecisión; pero cayó entre los cardos y la ahogaron.

El Satshu tenía ojos de felino, cubiertos por prominentes arcos supraciliares de los que brotaban gruesas pilosidades que, al igual que las de la erizada barba, los Kghasatshu teñían de diversos colores para manifestar su pertenencia a una u otra casta. (Estoy diciendo lo que me contó el cubo, no crean que me quiero pasar de listo.) Aquel individuo la tenía azul oscuro, la marca de los G'Buhwash; se-

gún el ordenador, una casta de subalternos, aunque no explicaba de quién eran subalternos.

Los antebrazos, desnudos hasta el codo, eran muy llamativos. A partir de la articulación se dividían en dos, como un cúbito y un radio humanos que tuvieran el mismo grosor y estuvieran rodeados cada uno por sus propios músculos y su propia piel. El hueco llegaba a ser de unos cinco centímetros a mitad del antebrazo, pero luego se cerraba para juntarse de nuevo en la muñeca. A pesar de la unión, aún podían distinguirse claramente ambos apéndices. De cada uno de ellos brotaban tres dedos con garras retráctiles: un pulgar y dos dedos largos. De esta suerte, la mano tenía un total de seis dedos con dos pulgares oponibles. La ventaja de los monos antropoides multiplicada por dos.

Después me concentré en la hembra; en mirarla, quiero decir. Su aspecto era más humano que el del macho, y tenía un extraño y fascinante atractivo, siempre que nos olvidáramos de la boca en vertical. La figura estaba vestida, pues ningún humano había visto a un Satshu desnudo, pero bajo la ropa se veían los pechos, algo más pequeños y juntos que los de una hembra humana normal, pero... Me callo.

... el hecho de que amamanten a sus crías y de que buena parte de su contenido genético...

—Alto. Aclaración sobre contenido genético. Modo de obtención. —Si nunca se ha hecho la disección de un cadáver, y tampoco se dejan analizar, ¿cómo...?

<Pérdidas de fluido sanguíneo por golpes accidentales aprovechadas por xenobiólogos para tomar muestras en secreto.>... comparta grupos proteicos con el del hombre ha recibido tres interpretaciones principales.

—¿Cuáles?

1. Desarrollo paralelo en lugares desconectados causalmente por a) presión de medio ambiente similar —Higgs, Trévez, Yoku—, o b) tratarse de los úni-

*cos desarrollos posibles —Kund, Martin—. 2. El mismo origen para el contenido genético de los humanos y los Kghasatshu. Los defensores de la teoría de que la vida proviene del espacio, de microorganismos presentes en los cometas, aducen este hecho como prueba —Buick, Yeng y seguidores en general de la obra clásica de Hoyle y Whickramasinghe **El universo inteligente**—. 3. Que Dios los ha creado así a su imagen y semejanza —Pío XIX, Ayatollah Martínez—.*

La tercera figura correspondía a un Sh'dir, un asexual. De rasgos masculinos, pero desprovistos de barba, los Sh'dir, según la información del cubo, representaban poco más de un cinco por ciento de la población y no pertenecían a ninguna casta, excepto algunos a los que se permitía el ingreso en los Pensadores. Muy interesante, pero funciones inferiores me reclamaban.

—Hora de comer. Ya te seguiré consultando.

VIAJE HIPERLUMÍNICO

Pertrechado con un maletín en el que viajaban mis recién adquiridos conocimientos sobre los Kghasatshu —que iré dosificando durante mi relato por no ser fastidioso—; unos cuantos cubos sobre psiquiatría, incluyendo algunos de mi padre; algunos instrumentos exóticos averiados que me entretuve en reparar; y las dos mangas de antebrazo que formaban el portátil de mi amigo —que dejaría de ser tal^[2] en cuanto abriera la puerta de su habitación, pero para entonces yo ya estaría lejos de estación Sheffield—; con todo esto en mi maletín de falsa piel y poco más que lo puesto embarqué en un transporte convencional impulsado por motores de fusión que me llevaría hasta el punto de transferencia situado entre la órbita de Marte y el cinturón de asteroides.

Había concebido la engañosa esperanza de que Mirtila embarcase conmigo en la nave, pero se limitó a presentarme a un individuo moreno y bajito, llamado Galis, como mi asesor en temas Satshu para el viaje y estancia en Hoonai. El tal Galis no me gustó demasiado por dos razones: tenía los rasgos un tanto viscosos y su tono de voz, por una extraña sinestesia, me recordaba al plomo. Mirtila me despidió con un beso en la mejilla izquierda, la muy rúcana, dejándome con los labios al aire para el segundo, y eso que se había tomado media botella de Chivas a mi costa. Podría haberme consolado el pensamiento de que en *Pincio* solían poner garrafón, pero por desgracia el que había soltado el crédito había sido yo.

Entre Marte y el cinturón de asteroides nos encajonaron en ataúdes voladores para atravesar el estrecho horizonte del agujero artificial de Britten y aparecer, en una enorme zancada espacio-temporal, más allá de la nube de Oort, donde nos esperaba un gran carguero joviano. La experiencia del salto, sentir cómo durante un instante infinitesimal parte de mi cuerpo se hallaba a miles de millones de kilómetros de la otra, no fue del todo agradable. Cuando supe que antes de llegar a Hoonai tendría que atravesar los horizontes de otros seis agujeros infinitamente más masivos que el de Britten sentí un escalofrío. He viajado por buena parte del sistema solar, pero siempre de un modo convencional y tranquilizadamente newtoniano.

Saber que debía someterme a un implante quirúrgico para poder entenderme con los Kghasatshu no me hizo mucho más feliz.

—No se preocupe —arguyó el plomizo Galis—. Es una operación mucho más sencilla que la mayoría de las que hoy día soporta la gente para embellecerse. Usted mismo se ha sometido al tratamiento s'dnoP que es mucho más molesto, ¿no?

Me toqué mi piel de veintiséis años, que aún se mantenía tersa, y recordé que yo era mi padre.

—Es que tampoco me gustan esas operaciones. Bastante le costó a mi hija —la pedorra de mi hermana, pensé— convencerme de que me dejara hacer el tratamiento. —De hecho, nunca ha logrado convencer a mi padre.

Galis me enseñó el (según él, minúsculo) chip que injertarían en mi cerebro y una pieza ovalada de aspecto aún más ominoso.

—Mire: este chip le traducirá instantáneamente del idioma que usted elija... Español me dijo, ¿no? —Asentí—... Pues le traducirá directamente a la lengua común Satshu. Lógicamente observará algunas dificultades para expresar ciertos conceptos que, por más que lo hemos intentado, son intraducibles e incompatibles.